

Dios con nosotros, por fin

Texto bíblico: Éxodo 40

Toda historia tiene un final. Algunos son felices, otros dramáticos, otros son melancólicos y otros nos dejan con la sensación de que hay algo más por experimentar y me parece que es este último el que corresponde a esta emocionante historia que hoy concluimos en el libro de Éxodo, pero que quedaría todavía con mucho por contarnos en el futuro.

Quiero que antes de abordar el capítulo que hoy nos compete, veamos a manera de recapitulación algunas cosas que son importantes y que constituyen la trama central que se desarrolla en este libro.

Empezamos con un pueblo que había llegado providencialmente a Egipto siendo una familia de 70 personas y con algo de favor por parte de los que gobernaban. La familia creció y pronto se convirtió en un pueblo que con el tiempo empezó a ser visto como una amenaza, hasta el punto que fue sometido a una cruel esclavitud.

El pueblo clama a Dios, y de las entrañas del poder de Egipto, el Señor levanta a un libertador judío a quien llama y capacita para liderar la salida que Dios había planeado para ellos.

De manera dramática y luego de un juicio severo, el pueblo sale de Egipto camino hacia un desierto con una promesa: ir a adorar a Dios y habitar en una tierra que fluye leche y miel. El pueblo recibe leyes, instrucción, corrección y en no pocas ocasiones, la disciplina divina.

Ven a Dios en el Sinaí, reciben su ley y el pedido de construir un tabernáculo, una casa en la que Dios pudiera habitar en medio de ellos. El pueblo había entrado en una relación de pacto con Dios; pero a solo unos días de entrar en esa relación de pacto, se desvían y adoran a una imagen, un dios falso.

Contrario a lo que pudiéramos esperar. Dios decide hacer misericordia y restaura la relación con ellos, perdonar su pecado, restaurar el pacto y ordenar una vez más la construcción de la casa, del tabernáculo; el tabernáculo es construido con diligencia y ahora todo está listo para lo que sigue: que Dios habite en medio de Su pueblo.

Como vemos, esto es la historia de un pueblo que ha sido llamado de la esclavitud a la libertad para que en dicha libertad Dios habitara entre ellos.

El capítulo 40 que hoy abordaremos es el clímax de esta historia y nos presenta como el propósito inicial del libro se cumple, aunque todavía quede mucho camino por recorrer en esta historia.

Este es el argumento que quiero proponerles para este sermón basado en el último capítulo del libro de Éxodo:

Dios llama a Su pueblo de esclavitud a libertad para habitar en medio de ellos.

Y lo desarrollaremos a la luz de los siguientes puntos:

1. La casa: construida y preparada (1-33)
2. La casa: construida, preparada y habitada (34-38)

La casa: construida y preparada (1-33)

La primera sección de este capítulo se enfoca en la descripción de cómo fue el proceso de levantamiento del tabernáculo. Por un lado, la orden de levantarlo (Éx 40:1-16) y por otro lado el proceso de levantamiento el cual fue llevado a cabo en su totalidad por Moisés (17:34).

La fecha en la que debía estar levantado el tabernáculo era en el día primero del mes primero del año segundo de haber salido de Egipto. Si la llegada al Sinaí fue en el mes tercero del primer año (19:1), más 80 días de Moisés en el monte, nos resta más o menos unos 6 meses para el proceso de construcción y ensamble.

Paso a paso se describe cómo debía ponerse cada elemento y en qué posición, así como el papel de los sacerdotes y su respectiva consagración.

A partir del verso 17, se menciona que Moisés es quien se encarga de elegir la tienda (no estamos seguros si estuvo a cargo de ensamble todo el campamento). No siempre tuvo que ser Moisés el encargado, pero por esta primera vez, mientras se cumplía el rito de consagración, él y nadie más que él fue el encargado del proceso.

Una de las frases que más aparece en estos versículos es: “hizo todo tal como el Señor lo mandó”.

Esto nos muestra que aún con los planos y las piezas en la mano, Moisés debió seguir las instrucciones del Señor al pie de la letra.

En efecto, participar de las cosas del Señor en cuanto al culto y la adoración no nos da derecho a cambiar lo que Él ha estipulado.

Las cosas del Señor no pueden darse por sentado. Siempre debemos asegurarnos que estamos siguiendo Su voluntad.

Otro aspecto práctico muy interesante aquí es que *Dios es un Dios de orden. Todo lo que Dios hace está caracterizado por el orden y no por el caos. Él cuida incluso los detalles más pequeños.*

Esto profundice cierta confianza, especialmente porque a veces queremos tener más control de las cosas que Dios; pero al Señor nada se le escapa de las manos.

Pero con todo el esplendor que está casa donde Dios habitaría con su pueblo pudiera tener y por más que se hubiese construido cuidando el más mínimo detalle; todavía sigue siendo una casa vacía, los elementos están en orden, las luces están encendidas, pero al interior no

hay nadie, lo cual nos lleva al siguiente punto, en el que nos ocuparemos el en el tiempo que nos resta.

La casa: construida, preparada y habitada (34-38)

Aunque en el texto en español no se ve con claridad, las palabras que se emplean en el idioma original dan la idea de que inmediatamente se terminó de construir la casa, la nube que representaba la presencia y la gloria del Señor descendió sobre el tabernáculo de reunión.

Es como si Dios hubiese estado deseando habitar en medio de Su pueblo también.

Y antes de ver la forma y el propósito por el cuál Dios estaba descendiendo para habitar en medio de Su pueblo, quiero convencerlos de que esto no es un evento aleatorio, sino que es parte de un patrón que vemos a lo largo de las Escrituras: Dios deseando morar con Su pueblo.

En el Edén, el Señor se paseaba en medio del huerto, Su gloria estaba en medio de ellos. Aunque el pecado alejó la Gloria, el Señor promete habitar en medio de una familia escogida y llamada.

Posteriormente esta familia se convertiría en una nación con unas leyes y con un tabernáculo en el cuál su gloriosa presencia habitaría.

El pecado y la negligencia de los sacerdotes hizo que la gloria de Dios fuera traspasada, movida de lugar y por un tiempo, en los días de Elí, sumo sacerdote.

El tabernáculo un día se convierte en un gran templo, y allí también la gloria de Dios en medio de una espesa Gloria en los días de Salomón.

Luego, cuando el pueblo peca la gloria de Dios se aleja definitivamente, ya no estaba ahí, ya nadie, después de tanto tiempo podría verla.

El Señor promete por medio de Hageo traer de nuevo Su gloria y llenar la casa, la Gloria postrera sería mayor que la primera. El templo se reconstruyó, pero la Gloria de Dios nunca estuvo ahí.

No es sino hasta el Nuevo Testamento, el día que un niño nació de una virgen que se proclamó: Emmanuel; Dios con nosotros.

Los Apóstoles vieron esa gloria, era como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad.

Él era la Gloria de Dios en medio del pueblo. Pedro, Juan y Jacobo lo vieron en su esplendor en el monte de la transfiguración: entonces, mientras él decía esto, se formó una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube. *Y una voz salió de la nube, que decía: «Este es Mi Hijo, Mi Escogido; oigan a Él».*

La Gloria de Dios ascendió a los cielos, pero nos dejó su presencia en la iglesia por medio del Espíritu. Cada domingo por la mañana nos reunimos a celebrar que Su Gloria está en medio de nosotros.

Pero un día, Su gloria se manifestará en todo su esplendor:

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. ²Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. ³Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. ⁴Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. (Apocalipsis 21:1-3).

Este es el Dios de la biblia, uno que ha deseado siempre tener una morada en medio de Su pueblo.

Lo que los judíos están experimentando en el desierto no es más pleno que lo que nosotros experimentamos hoy con la presencia de Dios en medio de nosotros en la persona de Cristo y confirmada por el Espíritu.

Ahora bien, de vuelta a nuestro texto, después de esta vista aérea, veamos lo que esta nube de gloria estaba representando en medio del pueblo.

- La nube de gloria confirmaba que Dios estaba en casa
- La nube de la gloria de Dios aun no era del todo accesible, ni siquiera para Moisés, aunque sí visible para todos
- La nube de gloria guiaba y dirigía al pueblo en todas sus jornadas hacia la tierra prometida (Números 9:15-23).

La gloria de Dios no estaba ahí solo para ser un espectáculo visual sino para confirmar al pueblo que Dios estaba en medio de ellos, lo cual les permitía estar confiados; que nadie podía entrar lo cual les recordaba su santidad; y que Él los iba a guiar hacia a donde había prometido proveyendo dirección y cuidado. Seguridad, santidad y dirección; esos eran los tres propósitos de la presencia de Dios en medio del pueblo y podemos decir que siguen siendo los mismos propósitos para nosotros.

Este pasaje es un broche de oro para el libro de Éxodo. Por fin, Dios está con Su pueblo; pero no es el fin de la historia.

Nos gustaría pensar que esto fue así para siempre; pero ni el pueblo sería lo suficientemente obediente ni Dios estaba reflejando su gloria plena y es por eso que tu yo seguimos aquí, porque todo esto era solo una sombra de algo mejor que habría de venir; de una gloria mayor que la primera; y si bien, la presencia de Dios por medio de Cristo es mucho más gloriosa que la que ahora vemos, no lo es tanto como la que experimentaremos cuando estemos en casa con Él para siempre.

Pero no quiero dejar pasar por alto algo importante:

La historia del Éxodo es una recreación a escala de la relación de Dios con la humanidad: Dios crea una nación, entra en pacto con ella, esta se aleja a otros dioses, pero Él los restaura y habita en medio de ellos.

En Adán nuestra relación fue rota, pero en Cristo, el pacto ha sido restaurado y ahora Él habita en este templo llamado Iglesia.

La historia de Éxodo es nuestra historia, quienes siendo esclavos fuimos llamados a libertad para que la presencia de Dios habitara en nosotros para guardarnos, hacernos santos y guiarnos hacia nuestro último destino: la eternidad.

Hasta aquí nos ha ayudado el Señor.